

Capítulo 2
LAS DÉCADAS GANADAS Y PERDIDAS
DE LA ECONOMÍA ESPAÑOLA

Juan A. Vázquez
Universidad de Oviedo

Hay una idea de Max Weber a la que yo llegué, como a tantas otras cosas, de la mano de José Luís GARCÍA DELGADO, que creo que resume bien mucho de su esencia y de sus rasgos más fundamentales: «nada tiene valor para el hombre si no puede hacerlo con pasión».

No es que haya que admitir que en José Luís llegan a levantar pasiones sus modos exquisitos de caballero, de hombre culto y afable, elegante y refinado o sus reconocidas dotes de orador elocuente. No, no es eso lo que quiero decir sino que cultiva un modo de querer y hacer las cosas apasionadamente que constituye una de las mejores características de su personalidad, una de las más expresivas de su forma de concebir la vida, el trabajo y la amistad. Es ésta seguramente el arma secreta de sus poderosas dotes de persuasión y uno de los rasgos que mejor explican cómo sabe vivir y disfrutar, cómo ha podido llegar a un equilibrio en el que se dan la mano la razón y la pasión y a definir con trazos propios un estilo que conduce a trabajar con rigor y a vivir con libertad.

Hay muchas pasiones (todas ellas confesables) en la vida de José Luís GARCÍA DELGADO y la de universitario es probablemente la más antigua y permanente y la que ha rendido frutos de servicio impagables en muchos ámbitos. En el del trabajo científico y de investigación, con un sinfín de obras y de publicaciones. En el de la docencia con unas clases, verdaderamente magistrales, cuyo recuerdo resiste la prueba del tiempo y se conserva vivo en la memoria de varias generaciones de estudiantes. En el de un magisterio que ha brindado orientación, guía, ayuda académica y personal, a un amplio número de discípulos entre los que tengo el honor de contarme. Y, en fin, en el ámbito de la gestión académica en el que tantas huellas ha dejado en la Universidad de Oviedo y en la Complutense y del que es buena prueba su impulso renovador a la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

En esa compleja vida universitaria en que tan importante, tan difícil, como llegar es mantenerse, José Luís GARCÍA DELGADO lleva haciéndolo durante años (más de los que aparenta esa figura jovial e inmutable con el paso del tiempo en lo que parece fruto de algún secreto pacto con el diablo); lleva manteniéndose a base de rigor, de seriedad, de generoso esfuerzo y de acierto y, volviendo al inicio, de vocación y de pasión en su trabajo universitario. Y no dejará de seguir estando presente por más que haya llegado ahora el momento de la jubilación administrativa.

Seguirá estando presente en tantos como yo que tenemos el privilegio de sentirnos sus discípulos, que hemos tenido la fortuna de cruzarnos con él en la vida para no dejar ya de ir juntos, que tuvimos la suerte de aprender con él, y de él, de la vida académica y de la vida a secas y a hacerlo con la pasión que le caracteriza y que imprime.

Más que a su sombra, a su lado, pude apreciar (a veces incluso en la propia cocina) lo primoroso, cuidado, trabajado y riguroso de la brillante y amplia obra científica de este profesor que ha hecho contribuciones decisivas al conocimiento de nuestra economía. Por eso, la modesta aportación de este breve ensayo, en el tema elegido y en el espíritu con que lo escribo, no puede ser más que un parcial reconocimiento a quién nos ha enseñado el gusto de estudiar, analizar y contemplar la economía española. Los otros reconocimientos siguen, desde luego, pendientes.

La senda del desarrollo: las décadas ganadas

La evolución de la economía española a lo largo del siglo XX ofrece un formidable balance de progreso, crecimiento y cambios. Esa progresión no ha seguido, desde luego, un comportamiento lineal. Para llegar a ese favorable balance el camino no ha sido sencillo ni rectilíneo y los avances y los retrocesos se han alternado durante ese complejo e intenso siglo, con «décadas ganadas y perdidas» a lo largo de esa trayectoria. De un modo muy sucinto, podrían diez distinguirse diez peldaños en ese recorrido tendencialmente ascendente que conduce desde los inicios de la industrialización hasta la crisis actual.

La *primera de esas fases* nos sitúa en un arranque industrializador a mediados del siglo XIX que, como el propio profesor GARCÍA DELGADO nos ha mostrado con maestría en muchos pasajes de su amplia obra, se produce con retraso respecto a otros países europeos y siguiendo una «pauta mediterránea» que alinea en su trayectoria a nuestra economía con las de Italia, Portugal y Grecia. Un grupo de países, por cierto, que como si la historia siempre llamase dos veces han vuelto a compartir destinos y protagonizar siglo y medio después los peores efectos de la actual crisis y de las amenazas de los rescates.

La segunda de las fases de evolución de la economía española transita en la segunda mitad del siglo XIX, en una etapa de equipamiento industrial y de mantenimiento de los ritmos de crecimiento europeos, especialmente a partir de la década de 1870, con un modelo de crecimiento «hacia afuera» sostenido por el impulso de la inversión externa, basado en la articulación de un mercado nacional al que contribuye destacadamente el desarrollo del ferrocarril, y traducido en una industrialización focalizada territorial y sectorialmente en actividades como el textil, el carbón y la siderurgia principalmente.

La década final del XIX contempla un escenario de moderación de la senda de crecimiento y adentra a la economía en una *tercera fase* que se desenvuelve por un camino contrapuesto, volcado hacia el proteccionismo, decantado ahora por un modelo de «crecimiento hacia adentro» y por un «viraje proteccionista» al

que conducen, más que convicciones doctrinales, tanto la confluencia de intereses sectoriales como los problemas de competencia de las principales actividades protagonistas de la incipiente industrialización española. El siglo XX se inaugura, pues, en nuestra economía con una orientación proteccionista que dejará huella profunda en su estructura, que conducirá secuencialmente por la senda de un proteccionismo español creciente, permanente e integral, y por lo tanto insostenible, hasta decantarse con el transcurso del tiempo en un intervencionismo extremo y una práctica eliminación de la competencia exterior.

Si de la apertura económica y de los recursos y factores del exterior han procedido frecuentemente impulsos decisivos para el crecimiento de la economía española a lo largo de toda su evolución histórica, también las etapas de cierre de la competencia externa han ocupado un protagonismo destacado en esa trayectoria y, en circunstancias excepcionales, han llegado a suponer un empujón decisivo en el avance de la economía española. Eso es lo que ocurre en la *cuarta fase* que se inaugura con el inicio de la I Guerra Mundial, cuyos efectos son bien conocidos gracias precisamente a las aportaciones del profesor GARCÍA DELGADO. El cese de la competencia externa y la neutralidad de nuestro país en el conflicto bélico, ofrecen extraordinarias oportunidades para la economía española y abren un período que, con altibajos, permite la diversificación industrial y el crecimiento de nuestra economía.

De la I a la II Guerra Mundial y con las penurias del final de la guerra civil española sumadas a las de la postguerra europea, se enmarca la *quinta fase* de nuestra evolución económica marcada por enormes dificultades, por la caída de los ritmos de crecimiento y por una divergencia pronunciada con la trayectoria de las economías europeas, que viene a certificar esta etapa como una de las «décadas perdidas» por la economía española en todo el siglo. Por un lado, los condicionamientos políticos, el aislamiento internacional y el cierre de las relaciones económicas externas de una España que queda al margen del «Plan Marshall» de ayuda americana a la reconstrucción de la Europa de la postguerra, conducen a nuestra economía a una excepcional fase de Autarquía que saca a España de la escena económica internacional y devuelve a una situación de retroceso en el camino hacia el crecimiento y la convergencia con las economías europeas. Por otro lado, el «modelo autárquico» de sustitución del mercado, de proliferación de regulaciones, de un proteccionismo secuencialmente reforzado convertido ahora en intervencionismo extremo, conducen inexorablemente a un estrangulamiento del sistema que exige finalmente el nuevo cambio de rumbo que supone el Plan de Estabilización de 1959.

A partir de ahí se inicia la *sexta fase* de evolución de la economía española que se extiende a lo largo de los años sesenta y la primera parte de la década de los setenta y que, como contrapunto, se erige en un período de intenso y continuado crecimiento, de significativa convergencia con las economías europeas y de modernización y profundos cambios en nuestra estructura económica. La ruptura del aislamiento y la reanudación de las relaciones económicas internacionales, la apertura externa y al comercio exterior, la liberalización económica y el retorno a la lógica y el funcionamiento de mercados antes férreamente intervenidos, permiten a la economía española aprovechar la «renta de situación» del crecimiento

uropeo, que se materializa en la llegada de capitales e inversiones externas y un creciente flujo de rentas asociadas a la eclosión del turismo que contribuyen decisivamente a la financiación del crecimiento. A ello se suman las reasignaciones de mano de obra, con una emigración exterior que suma con sus remesas una nueva fuente de recursos y libera presiones sobre el empleo y con una emigración interior que arrastra la crisis de la agricultura tradicional e impulsa el crecimiento urbano y de la industria y de los servicios. Y todo ello se traduce en unas elevadas y continuadas tasas de crecimiento, con unos ritmos de expansión económica inéditos hasta entonces, y en profundos cambios estructurales que consolidan uno de los principales impulsos de normalización y modernización y de convergencia europea y una de las «décadas ganadas» de la economía española en todo el siglo XX, bien que en un marco de ausencia de libertades políticas, sindicales y sociales.

Crisis, caída del crecimiento, divergencia con Europa y necesidades de reestructuración económica caracterizan una *séptima fase* de la trayectoria económica de nuestro país, que se inicia hacia mediados de los años setenta, en la que se dan cita tanto los problemas derivados de la crisis monetaria del sistema de Bretton Woods, de la crisis energética y el aumento de los precios del petróleo y de la inflación de demanda y la espiral precios-salarios, como de las incertidumbres del complejo marco de la transición política a la democracia que vive la sociedad española en esa época. La respuesta de la política económica se materializa en los «Pactos de La Moncloa» que ponen en marcha medidas destinadas al control de la inflación desbocada, a una política de rentas moderadora de los crecimientos salariales, al equilibrio presupuestario, a la estabilización del sector exterior, a la reestructuración de los obsoletos sectores tradicionales mediante un proceso de reconversión industrial y a reformas institucionales de indudable calado, entre las que destaca la reforma fiscal.

La *octava fase* se inaugura a mediados de los años ochenta con la incorporación plena de España a la Unión Europea. Por un lado, con ella se certifica la definitiva normalización, homologación y convergencia de la economía española con nuestro entorno europeo. Por otro lado, se avanzan nuevos y decisivos pasos hacia la culminación de los procesos de desagrarización y terciarización de nuestra economía, de ampliación de la apertura externa y la inserción internacional y de instauración de un Estado de Bienestar, que constituyen algunos de los más fundamentales cambios estructurales operados en la economía española en la segunda mitad del siglo XX. Por lo demás, el crecimiento económico pierde fuelle a medida que avanza este período hasta desembocar en la breve pero intensa crisis del 92-94 que lleva a registros record en las tasas de desempleo.

Los años finales del siglo XX y buena parte de la primera década del siglo XXI, hasta 2008, configuran la *novena de las fases* de evolución de la economía española, que se ha caracterizado como un ciclo expansivo de tan elevada intensidad y amplia duración como de frágiles fundamentos, basado en la expansión inmobiliaria, la financiación exterior y el endeudamiento como base de un fortísimo crecimiento de la demanda interna que, con la atracción de unas intensas corrientes inmigratorias, ha permitido nuevos y sustanciales incrementos de la renta y del PIB y un nuevo acercamiento y convergencia con las economías de nuestro entorno.

La fragilidad de las bases de ese crecimiento se ponen de manifiesto en la *décima fase*, con la que culmina esta trayectoria, la de la crisis que estamos viviendo en estos últimos años, a partir de 2008, y que, como es bien conocido, ha supuesto una grave y doble recesión de la economía española, una progresión desconocida de los niveles de desempleo y de caída de actividad y una nueva divergencia respecto de una Unión Europea que ha sufrido igualmente esta crisis en su conjunto pero no con la intensidad registrada en nuestro país. A algunas de las principales características y efectos de esta más reciente fase de crisis y recesión se dedicarán los comentarios del apartado siguiente.

Si, tras este sucinto recorrido, realizamos una visión de conjunto de los resultados de esas fases a través de sencillos indicadores como las tasas de crecimiento del PIB y de los niveles de renta y su convergencia con Europa, podemos cobrar una perspectiva de conjunto de las «décadas ganadas y perdidas» de la economía española en ese recorrido, es decir de los avances y de los retrocesos experimentados por nuestra economía a lo largo de más de un siglo.

En su evolución histórica a lo largo del siglo XX, como se comprueba en los cuadros adjuntos, la economía española ha registrado progresos muy considerables y, aunque con altibajos, ha seguido una trayectoria claramente ascendente y un proceso de convergencia con la UE, que sólo se rompe durante la década del período autárquico posterior a la guerra civil española y en la etapa de crisis que se inicia a mediados de los años 70, y que certifica los notables avances registrados en el resto de períodos, que he denominado las «décadas ganadas» de nuestra economía.

Como se aprecia en el cuadro 1, el PIB crece casi continuamente a lo largo de toda la serie. Se duplica de 1850 a 1900 y casi vuelve a hacerlo entre 1990 y 1930. La guerra y postguerra española detienen esa progresión, con tasas incluso negativas y muy bajas que no comienzan a recuperarse hasta que avanzan los años 50. Entre 1960 y 1975 se consigue casi triplicar el PIB español que, con el paréntesis de las dificultades de finales de los años setenta y comienzos de los ochenta y la breve recesión del primer lustro de los noventa, prosigue un avance que se refuerza muy significativamente, hasta más que duplicarse de nuevo, en el ciclo expansivo anterior a la crisis que se inicia en 2008.

El resultado en términos de convergencia con Europa, como se muestra igualmente en el cuadro 1, es muy notable. En 1960 el PIB por habitante de España tan solo se situaba por delante de Portugal y era el 53% del de Alemania y Francia, el 68% de Italia y el 59% de la media de los países comunitarios y ese porcentaje progresa en medio siglo hasta alcanzar casi el 95% de la UEM al cabo de la primera década del siglo XXI.

Esa misma idea de los avances de la economía española y de sus «décadas ganadas» se constata igualmente en los datos de evolución del PIB por habitante recogidos en el cuadro 2. Tanto en la segunda mitad del siglo XIX como en las tres primeras décadas del siglo XX se consiguen avances de los niveles de renta per cápita, que (expresadas en pesetas de 1995) pasan de 146 mil a 245 mil pesetas entre 1850 y llegan a 357 mil en 1930. Esa progresión se ve interrumpida en las décadas entorno a la guerra civil, de modo que hasta 1955 no se recuperan los

niveles existentes a finales de los años veinte para situarse en un nivel ya próximo a las 440 mil pesetas en 1960. La etapa de crecimiento de los años 60 y comienzos de los 70 se traduce en un muy intenso impulso que permite casi triplicar esa cifra y situarla por encima de 1,1 millones en 1975, de modo que en tan solo quince años se consiguen aumentos de renta por habitante superiores a los de los cien años anteriores. Tras el paréntesis de la crisis de la segunda mitad de los 70 y los inicios de los 80 y a partir de la integración europea ese avance continúa hasta volver a duplicarse en el transcurso de dos décadas y situarse ya por encima de los 21.000 euros en el año 2000 y acercarse a los 24.000 euros en los momentos anteriores a la crisis económica.

CUADRO 1.—Evolución del PIB en España, 1850-2013

PIB pm (I)					PIB pm (II)		PIB España/ UEM (III)	
Año	Mill. ptas.	Mill. ptas. 95	Mill. euros	Incre- mento	Año	Mill. euros	Año	UEM = 100
1850	4.252	2.172.331	13.139		1995	447.205	1950	469,0
1900	10.258	4.537.252	27.234	107,3	2000	630.263	1960	59,5
1930	35.299	8.370.706	50.244	84,5	2005	908.792	1975	84,1
1940	52.062	7.232.338	43.412	-13,6	2008	1.087.788	1985	73,8
1950	179.484	8.434.878	50.630	16,6	2009	1.053.914	2000	86,7
1960	633.526	13.070.965	78.457	54,9	2010	1.045.620	2005	93,4
1975	2.462.986	40.451.383	242.805	209,5	2011	1.046.327	2009	94,8
1985	28.200.885	51.281.470	307.812	26,8	2012	1.029.002	2010	90,9
2000	100.872.726	87.580.872	525.696	70,8	2013	1.015.625	2012	90,5

Fuentes: (I) A. CARRERAS y X. TAFUNELL (eds.). *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*. (II) INE. (III) Banco de España.

CUADRO 2.—Evolución del PIB por habitante en España, 1950-1912

PIB por habitante (I)				PIB por habitante PPC (II)		
Año	Miles ptas. 1995	Euros	Incremento	Año	Euros 2005	Incremento
1850	146	876		1970	9.800	
1900	244	1.467	67,5	1980	12.600	28,6
1930	357	2.143	46,1	1990	16.200	28,5
1940	281	1.685	-21,3	2000	21.100	30,2
1950	303	1.817	7,9	2005	22.900	7,9
1960	439	2.632	44,8	2010	22.500	-1,7
1975	1.134	6.804	158,5	2012	22.300	-0,9

Fuentes: (I) A. CARRERAS y X. TAFUNELL (eds.). *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*. (II) Banco de España.

La crisis: una década perdida

Tras esos avances alcanzados por la economía española a lo largo del siglo XX y en la década inicial del siglo XXI, la llegada de la crisis, como es bien conocido, ha conducido a nuestra economía a una etapa de recesión y graves dificultades, a un freno del proceso de convergencia europea y parece abocar a una «década perdida» de la economía española en términos del retroceso de la gran mayoría de los indicadores.

A partir de 2008 se desata esa crisis que encierra varias crisis en sus fases y desarrollo, en su incidencia diversa en las distintas áreas de la economía mundial y en la propia respuesta de las políticas económicas. En su naturaleza y características, ya hemos podido comprobar que las cosas son al final muy distintas a como lo fueron al comienzo de una crisis que ha transitado de la crisis financiera provocada tras la caída de Lehman Brothers, a la de la economía real y a la de la deuda soberana.

En su incidencia, el calado de la crisis ha sido muy diferenciado según las áreas de la economía mundial y, en un escenario muy heterogéneo y cambiante de la geografía del crecimiento, ha dibujado un mundo a tres velocidades, sostenido principalmente por los países emergentes, ralentizado en las economías avanzadas y sumido en la recesión en la UE y particularmente en las economías del sur de Europa.

Y han sido muy diversas igualmente las respuestas de unas políticas económicas que, apenas sobrepuestas al desconcierto y con unos instrumentos que han mostrado sus insuficiencias para hacer frente a nuevas realidades, han estado sometidas a continuos vaivenes y han ido pasando de procurar «evitar el derrumbe» (con los rescates bancarios), a tratar de «retirar los escombros» (con las políticas de estímulos monetarios), a «comenzar la reconstrucción» (con las políticas de estímulo), y a afrontar las consecuencias del paso del endeudamiento privado al endeudamiento público y la crisis de la deuda soberana, mediante las políticas de austeridad y de consolidación presupuestaria.

Superados los efectos del impacto de la crisis financiera desatada en 2008 con la caída de Lehman Brothers, casi podría decirse que desde comienzos de la segunda década del actual siglo la crisis ha sido una cuestión fundamentalmente europea, y más en particular de los países del sur de Europa como España, y que se ha concretado en una crisis de deuda soberana, en la que si antes podían quebrar los bancos se ha pasado al riesgo de quiebra de los países.

Ello ha sido la consecuencia de muchos factores, pero de dos principalmente: de los pecados originales del euro y la construcción de la zona monetaria europea, por un lado; y de una situación, por otro lado, que permite el flujo de ahorro y financiación y los desequilibrios externos y el endeudamiento de economías como la española que, sometidas a «shocks asimétricos» y a falta del instrumento de las devaluaciones monetarias, se ven sometidas a un proceso de «devaluación interna» y a férreas políticas de austeridad como mecanismo para recuperar la competitividad y restaurar los equilibrios perdidos.

Unas políticas, por lo demás, que han provocado una profunda depresión de la demanda interna, que han conducido a una sucesión de recortes y sacrificios y llevado a una intensa fase de recesión que, en medio de ataques especulativos y de un imparable ascenso de la prima de riesgo y de endurecimiento de las condiciones de financiación en los mercados, ha tenido graves consecuencias en la economía real, con tasas negativas de crecimiento del PIB encadenadas en un doble ciclo de crisis (en forma de W) y un recrudecimiento de las dificultades a partir de 2010, así como con un insostenible ascenso de los niveles de desempleo, como ha ocurrido en nuestro país.

Una crisis que, por momentos, ha llegado incluso a comprometer la propia supervivencia del euro (esa moneda sin Estado y al borde de un permanente ataque de nervios en esos años) y en la que parece que lo peor ha pasado ya: para el euro tras la intervención del Banco Central Europeo en auxilio de la moneda; y para la economía tras haber tocado fondo y con los atisbos de un lenta y compleja recuperación.

Aun en ese escenario de lenta recuperación que se perfila, resulta difícil sustraerse a la evidencia de que el balance para la economía española será muy probablemente el de una «década perdida» para recuperar los niveles de PIB existentes antes de la crisis y un período indudablemente más largo para retornar a niveles más tolerables de desempleo.

Como se comprueba en el cuadro 3, con la crisis se inicia un proceso de retroceso del PIB que ha supuesto una pérdida cercana a los siete puntos y que, de confiar en que se consolide en los próximos años la senda de recuperación que se abre paso en 2014 (y con previsiones como las establecidas en los escenarios intermedios de crecimiento para el área euro por el FMI), sería difícil de recuperar al menos hasta el ejercicio de 2017, esto es, diez años después del inicio de la crisis. Economías como las de Alemania, Francia, y Bélgica, tras reducciones de 2 ó 3 puntos de su PIB, han conseguido retornar a los niveles previos a la crisis ya en 2011. Por contra, economías como las de Grecia, Portugal e incluso Italia, necesitarán diez o más años para recuperar esos niveles. Y un escenario similar es el que el FMI ha dibujado para la economía española.

CUADRO 3.—Evolución del PIB en España, 2008-2017

Año	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2017
Tasa crecimiento	-0,7	-4,5	-0,5	-0,1	-1,7	-1,3	1 ⁽¹⁾	1,5-2 ⁽¹⁾
Índice	100	96,2	96,1	96,1	94,4	93,3	94,1	100



(1) Previsión.

Fuentes: INE y FMI (previsiones).

Las predicciones no dejan de ser eso, especialmente en un mundo cada vez más complejo e impredecible, pero perfilan un panorama en que la economía española parece desgraciadamente abocada a completar esa «década perdida» como consecuencia de la crisis.

Frente a eso, me gustaría contraponer la confianza en las capacidades que hicieron posible en el pasado las «décadas ganadas» por nuestra economía y la necesidad de que, junto a lo urgente, no dejemos de ocuparnos de lo importante de la crisis, de los fundamentos de nuestro sistema productivo y del reto de construir unas bases sólidas para el crecimiento de futuro.

Ésa es la cuestión de fondo que enfrenta a tareas decisivas e inaplazables tanto a la economía española como a la europea. Para el conjunto de Europa en la medida en que la crisis de fondo es la que se refleja en un recortado potencial de crecimiento de la economía y del empleo, en el alejamiento de los nuevos centros de la economía mundial, en los bajos niveles de innovación y el retroceso en los mercados o en la pérdida de liderazgo empresarial. Y para la economía española por esas mismas circunstancias a las que suma la debilidad de importantes segmentos de nuestro sistema productivo y la necesidad de reponer los puntos de PIB y la actividad perdida en sectores protagonistas hasta ahora del crecimiento de nuestra economía.

¿Pero cómo responder a esos retos para garantizar un sólido crecimiento? La apelación a la necesidad de cambio hacia un nuevo modelo productivo no deja de ser cierta por más que resulte tópica, que sea más fácil de recetar que de alcanzar y que nos lleve incluso a veces a caer en ensoñaciones como la de pensar que se puede pasar de la noche a la mañana de los ladrillos a la biotecnología, por ejemplo.

Lo que la economía nos ha enseñado al respecto es que las fuentes de crecimiento se encuentran en la dotación y combinación de los factores productivos (capital físico, humano y recursos) y en la productividad total de esos factores. Si durante un tiempo pareció que lo decisivo para el crecimiento económico radicaba en la abundancia relativa de los factores, ahora ya sabemos que lo que importa verdaderamente es su productividad. La productividad es, pues, la clave y cómo mejorarla permanentemente se convierte así en la cuestión más relevante.

Para conseguir esas mejoras de productividad resultan imprescindibles, desde luego, ajustes en las condiciones productivas, costes, salarios y reformas organizativas, por un lado. Por otro lado, será imprescindible alcanzar y mantener unos adecuados niveles de competitividad, entendida como la capacidad de hacer las cosas más baratas, o hacerlas mejor, o hacer cosas distintas. Y habrá, además, que acertar a engarzar con los profundos cambios y las nuevas tendencias que se aprecian en la economía mundial y que genera la eclosión de las nuevas tecnologías en una nueva economía que rompe con paradigmas hasta ahora firmemente asentados.

No existen recetas para una tarea como ésta que lo que requiere son amplias reformas y sostenidos esfuerzos. Pero si tuviera que quedarme con alguna receta sería la Paul Romer que se resume en tres principios: «*educa a los de dentro, aprende de los de fuera y, vengan de donde vengan, apoya a los que tienen ideas*». Hasta ahora hemos sido demasiado arriesgados en lo financiero y a partir de ahora el riesgo que verdaderamente hemos de correr es el de las ideas y el de la innovación.

Ésa debiera ser, a mi modo de ver, una de las lecciones de la crisis, que lo principal que nos enseña es que nada puede ser igual, que no hay que hacer las mis-

mas cosas sino cosas distintas, que no hay que hacerlas del mismo modo sino de modos diferentes. Quizá así, al cabo de la «década perdida» por la crisis y tras estos años de graves dificultades, puedan cumplirse las palabras de María Zambrano: «una catástrofe solo es catastrófica si de ella no nace nada que la redima».

Referencias bibliográficas

- BANCO DE ESPAÑA (2013): *Síntesis de indicadores*, septiembre.
- BANCO DE BILBAO: *Renta Nacional de España. Serie Homogénea 1955-1975*.
- CARRERAS A. y TAFUNELL X. (eds.) (2005): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*, Fundación BBVA.
- FUSI, J. P.; JULIÁ, S.; JIMÉNEZ, J. C. y GARCÍA DELGADO, J. L. (2007): *La España del siglo XX*, Marcial Pons.
- GARCÍA DELGADO, J. L. y JIMÉNEZ, J. C. (1999): «El proceso de modernización económica: perspectiva histórica y comparada». *España, economía: ante el siglo XXI*. Espasa Calpe.
- (2001): *Un siglo de España. La Economía*, 2ª ed., Marcial Pons.
- GARCÍA DELGADO J. L. y MYRO, R. (2013): *Lecciones de economía española*, 11ª ed., Thomson Civitas.
- GARCÍA DELGADO, J. L.; SÁNCHEZ RON, J. M. y FUSI, J. P. (2008): *Historia de España (vol. XI): España y Europa*. Crítica.
- INE, *Contabilidad Regional de España Base 2000. Serie homogénea 1995-2010*.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (2003): *El progreso económico de España, 1850-2000*, Fundación BBVA.